

## ELEGIA XII.

A la muerte de Antonio Sedeño, donde ansimismo se cuenta el suceso de su jornada.

## CANTO PRIMERO.

A cosas de Cubagua y Margarita  
Aspiraba, letor, mi flaca pluma  
A dar de relación tan infinita  
Alguna recogida y breve suma;  
Pero dame Sedeño tanta grita  
Rogando que su causa se resuma,  
Que primero que dellas es forzado  
Acabar lo que dél he comenzado.

Cuando clara progenie de Latona  
Tenía por la eclíptica carrera,  
Aquel primero signo de la zona  
Óblica, que ciñendo va la esfera;  
Cuando quinceño ciento se pregona  
Con mas treinta y seis años de la era,  
Tal día con frescor de la mañana  
Salió Sedeño de Maracapana.

Al cual deste consorcio belicoso  
Le pareció nombrar en el armada  
Por general á Diego de Reinoso,  
Y el maese de campo fué Losada:  
Martin Fernandez, hombre poderoso,  
Por alcalde mayor de la jornada,  
Porque en el aviar el estandarte  
Este fué quien gastó la mayor parte.

Por capitanes otros seis ó siete  
Fueron por el Sedeño señalados,  
Como Montalvo, Vega y el Copete,  
Y los dos que murieron ahorcados:  
Segun mi verso débil entremete  
En los casos atrás conmemorados,  
Ochoa y Alonso Alvarez Guerrero,  
Capitán del Ortal y compañero.

Sacó quinientos hombres escogidos,  
Todos valerosísimos soldados,  
De caballos y armas proveidos,  
De cosas necesarias reparados:  
De pensamientos altos van movidos,  
De grandes esperanzas alentados,  
Con intento de ver templo dorado  
Do el padre de Faeton es adorado.

Con todo buen concierto se camina  
Por costa de la mar camino claro,  
Pero luego dejaron la marina,  
Y atravesaron por Patigutaro:  
Provincia tan cabal que fuera dina  
De conservarse con mejor reparo,  
Y por do les hacia mas al caso  
Salieron á los pueblos de lo raso.

A sombra de tan fuertes valedores,  
Cubagua concertó también que fuesen  
Sus capitanes y rescatadores  
Que los indios esclavos recogiesen,  
Ó granjeados ya por sus sudores,  
Ó de los que los otros les vendiesen,  
Con orden de clemencia tan ajena  
Que el escribillo da terrible pena.

Pues era tan sin freno la soltura  
De parte del ejército cristiano,  
Que les era la paz menos segura  
Que dormir con las armas en la mano;  
Pues con asegurallo, se procura,  
Privar de libertad al indio llano,  
Y en esto fueron tantos los engaños,  
Que se hicieron increíbles daños.

De tan inmensa copia de vecinos  
Rarisimos son hoy los que parecen,  
Umbrosos montes cubren los caminos  
Que los humanos ojos humedecen:  
Los campos por do pasan peregrinos  
Con sangre de los muertos reverdecen;  
Ya no se ve labranza ni cultura,  
Sino bosques incultos y espesura.

En esto colocaban su contento  
Con harto mas rigor de lo que digo,  
Y era de tal furor el desatiento,  
Sin reservar amigo ni enemigo,  
Que juzgaban con gran merecimiento  
El demerito digno de castigo:  
Tanto ciega los ojos la cudicia  
Que la maldad se tiene por justicia.

Los ebrios de tan mortal beleño,  
Que muy poquitos hoy sustenta hado,  
Parece que despiertan de tal sueño  
Que ninguno tuvieron tan pesado:  
Dicen mal del Ortal y del Sedeño  
Por haberse tan mal acomodado;  
Pues si tuvieran de poblar intentos  
Potentes fueran los repartimientos.

Iban pues con algunos compañeros  
De Cubagua personas principales,  
Un Domingo Velazquez, un Riberos,  
Fernando de Veger, Pedro de Caliz:  
Su fin, su pretension, sus paraderos  
Fué siempre destruir los naturales;  
Llegó á Guaramental toda la gente,  
El cual los recibió benignamente.

Hizo Sedeño ir por otras vias  
Gente que parecia ser bastante,  
Repartidos en tres capitánias  
Para que descubriesen adelante;  
Y él se detuvo por algunos dias  
Mas cerca de la mar con la restante,  
En el pueblo del Cojo, que ya cuento,  
Porque le pareció fértil asiento.

La gente por Cubagua proveida  
Y con el capitán que Ochoa llamo,  
Desde Guaramental hizo corrida  
A la parte que dicen Guayacamo,  
Provincia bien poblada y estendida,  
Pero no sin defensa de su amo,  
Porque los indios della como diestros  
Hicieron grandes suertes en los nuestros.

Pues viendo lamentar los derredores  
Por ser en sus defensas incapaces,  
Y ser los españoles ya señores,  
Como sabios astutos y sagaces,  
Tuviron estos indios por mejores  
Patentes guerras que lingidas paces;  
Y así fueron los nuestros rebatidos,  
Algunos muertos, y otros mal heridos.

Viendo que se valian desta suerte  
Por tener la guarida muy cercana,  
El español desea de lo fuerte  
Sacallos al anchor de la zavana,  
Para tomar venganza de la muerte  
Que padeció la gente castellana,  
Y así se retrajeron poco á poco  
Para mas incitar al indio loco.

Con sospecha de que se retiraron  
Los españoles de temores llenos,  
Los indios á lo raso se llegaron,  
Sin miedo del concierto de los frenos:  
De aquellos que los tésalos domarón,  
Para poder correr con piés ajenos,  
Tanto que se pusieron á provecho  
Y á daño suyo fuera del estrecho.

Las riendas flojas, las espuelas hitas,  
Compuestas las adargas y las lanzas,  
Van los centauros contra los lapitas  
Que venían con vanas confianzas:  
Aviñanse las voces y las gritas,  
Crecen á mas andar las destemplanzas,  
A todas partes y por todos lados  
Rompen salvajes pechos y costados.

El Ochoa hacia gran estrago,  
Pedro de Caliz rige bien las riendas,  
Y también Francisco de Santiago,  
Que en este nuevo reino tiene prendas:  
Ningunas lanzas destas van en vago  
Vengando las pretéritas contiendas,  
Y los demás hacían maravillas,  
Rompiendo las ijadas y costillas.

Bien como caminante descuidado  
Que bestia fiera topa de repente,  
Y con aquel temor desalentado  
Huyendo acia atrás vuelve la frente;  
Así huye también el mas osado  
Y el mas aventajado desta gente,  
Admirados de ver en la conquista  
Bestia nunca jamás por ellos vista.

Al fin, viendo los golpes escesivos,  
Los tajos y reveses inhumanos,  
Los guayacamos que quedaron vivos  
Huyeron del furor de los cristianos;  
Pero de los rendidos y captivos  
Gran copia les dejaron en las manos,  
Y puestos en recado conviniente  
Siguiéron el alcance juntamente.

Los libres del rigor de las peleas  
Largando van los arcos y penachos,  
Los nuestros saquearon las aldeas  
Recogiendo mujeres y muchachos:  
De oro bajo joyas y preseas,  
Sin que le pongan armas sus empachos,  
Y vueltos á la ya dicha dehesa,  
Al Sedeño Hevaron grande presa.

Como fuesen iguales en ingenio  
Para hacer allí las particiones,  
Atabas se conforma con Numenio,  
Ambos á dos grandísimos ladrones:  
Ajenos del vivir del justo Benio,  
Mas no de las argivas condiciones;  
Llevólo pues Cubagua por entero  
Uno por parte y otro por dinero.

Acudieron también los taburlanes  
Para poder mejor echar el sello;  
Quiero decir, los otros capitanes  
Bautista, y el Aduza, y el Argüello:  
Que tuviron contrastes y desmanes  
Y la vida colgada de un cabello,  
Por haber encontrado competencia  
Que hizo porfiada resistencia.

Pero trajeron muchos maniatados  
De Anipuya, Marapa y Mayatare,  
De Chocoroima y rio de Tiznados,  
De Guamba, Orocomay, Cumagatare;  
De muchos pueblos otros señalados  
De la provincia de Mayagatare,  
Y todos los llevaron cubagüeses  
A trueca de preseas é intereses.

Llevaban á Cubagua sus vecinos  
De esclavos prolijísimas cadenas,  
Dejando bien sangrientos los caminos,  
Las sendas y veredas todas llenas  
De muertos en aquestos desatinos,  
Con hambre, con cansancio y otras penas,  
Pues eran destos miseros captivos  
Muy mucho mas los muertos que los vivos.

Y como tantos muertos se quedasen  
En aquestos trabajos escesivos,  
Fué causa que los tigres se cebasen  
Y en esta tierra fuesen tan nocivos;  
Pues como ya los muertos les faltasen  
Procuraban cebarse de los vivos,  
Y fué tan grande plaga y desventura  
Que no teníamos hora segura.

El pesado temor desto se prueba  
Por casos varios que decir entiendo,  
Y entre sueños no era cosa nueva  
Alguien, sin le tocar, estar diciendo:  
«Señores, que me lleva, que me lleva.»  
Los otros acudían al estruendo,  
Y estando quien lo dijo muy dormido,  
Causarse confusísimo ruido.

Pues como cada cual por sí recela  
Una muerte tan vil y desastrada,  
Unos tiran tizones de candela  
Otros tereían la lanza preparada;  
El otro se embrazó de la rodela,  
El otro no topó con el espada;  
Mas en los sobresaltos destas fieras  
Las mas veces las burlas eran veras.

Y á treinta de caballo, mocetones,  
Y para guerras no personas mancas,  
Un tigre les causó mil turbaciones:  
En el rio que llaman de Barrancas:  
Recogidos en medio los peones  
Y ellos sin se mover ancas con ancas,  
Mas antes de llegar la luz del día  
A un indio le quitó la que tenía.

Otra noche por el inconveniente  
De tan perniciosas ocasiones,  
Un capitán, que fué Joan de la Puente,  
Vistióse fuertes armas de algodones:  
Con capirote y faldas fuertemente  
Trabando las hebillas y botones,  
Porque si la venida fuese cierta  
En otra parte diese descubierta.

Y aunque las armas fueron de provecho  
Cuando todos estaban reposando,  
El tigre para él se fué derecho  
Ningunas cuberturas respetando:  
Dió grandes voces él, mas un gran trecho  
Lo llevó con las armas arrastrando,  
Acuden caballeros, que velaban,  
Al tino de las voces do sonaban:

Yendo cada cual dellos recatado  
Dan gritos que los meten en el centro,  
Al fin hallaronlo ya desmayado  
Aquellos que salieron al encuentro:  
Entre dos plantas verdes apretado  
Que no pudo metello mas adentro,  
Tuvo por grandísima ventura,  
No poderlo llevar al espesura.

Y cierto su persona fuera lesa  
A poderle quitar los embarazos,  
Pues cuando va huyendo con la presa  
La va haciendo toda mil pedazos:  
Hinchendo de crujidos la dehesa  
Quebrantando costillas, piernas, brazos;  
Y es tan veloz en el hacer el salto  
Que parece que vuela por lo alto.

Otra noche también desta manera  
Dormía el lusitano Caraballo,  
Habiendo puesto para cabecera  
La silla y aderezos del caballo:  
Manoplazo feroz tiró la fiera  
A fin de lo matar y de llevarlo,  
Fué misterio de Dios y maravilla  
Que parasen los daños en la silla.

Huyó pesado sueño del dormido  
Cuya silla sintió llevar rastrando,  
Haciendo los estribos gran ruido  
Que por las duras piedras iban dando:  
Temor lo hizo mas apercebido  
Y á todos los demás estar velando  
Hasta la luz, y abierta la sospecha  
La silla se halló, pero deshecha.

Otra vez en el rio de Tiznado  
Un indio de Fernando Cascajales  
Se cubrió con un cuero de venado  
Con miedo, segun dijo, destos males:  
Saltó tigre feroz encarnizado  
Echándole las garras infernales,  
Y ventura le fué tan obediente  
Que llevó la cubierta solamente.

Conocida su suerte venturosa  
Dió gritos convocando los cristianos,  
Saltó de la hamaca quien mas osa  
Y el que tuvo los piés menos livianos:  
Tuvinos una noche trabajosa  
Y siempre con las lanzas en las manos,  
Con tizones, con grita y vocería  
Hasta que ya llegó la luz del día.

Yendo muchos á dar en un cercado  
De gente que tenían acechada,  
Cada cual á caballo bien armado  
Cubiertos de la noche sosegada;  
Tigre feroz saltó por el un lado,  
Y al capitán llevóle la celada,  
Sin ser la voluntad del caballero  
Que lo sirviese paje tan lijero.

Viendo la buena maña del lacayo  
Cuyas uñas peinaban el cogote,  
El caballero Garcí Perez Vayo  
A lo raso salió mas que de trote;  
Porque no revolviere por el sayo  
Aquel que le llevó su capirote,  
Y los demás hicieron otro tanto  
No menos poseídos del espanto.

De día fuimos seis por un camino,  
Y en un gran pajonal pasó delante  
Joan de Oña, montañés, ó vizcaino,  
Saltó tigre con él en el instante,  
Con golpe que sacara de su tino  
Al mas poderosísimo gigante;  
Acudimos á él con pies livianos,  
Y quitámoselo de entre las manos.

La fiera crudelísima, tragona,  
No pudo deshacer el mortal vaso,  
Mas dejó maltratada su persona  
Por se querer mostrar en este caso  
Barbero que lo hizo de corona  
Dejándole no mas que el casco raso,  
Pues la tresquila fué con tan mal celo  
Que no pudo jamás cubrirla pelo.

No le curaron luego la herida  
Por parecer las llagas ser mortales,  
Y aun por andar la gente de corrida,  
Demás de que faltaban materiales:  
Curámoslo después, y tuvo vida  
Temerosa de tales animales;  
Y aunque vivía siempre lastimado,  
Después lo vi con hijos y casado.

Quiero también contaros otra cosa  
De un indio que venía por un llano,  
A pedir libertad para su esposa  
Captiva del ejército cristiano:  
Otra lleva por ella muy hermosa  
Y espada de las nuestras en la mano,  
Mas tigre le mató la india bella,  
Y del hacer quisiera lo que dela.

Mas viéndolo venir el caminante,  
Cubrióse tras el tronco de un madero,  
Poniéndole la punta por delante  
Al tiempo que votó saltó lijero:  
De suerte que la espada trepidante  
Entró por el vital degolladero,  
Cayó la bestia fiera sin aliento  
Y el buen indio gozó de vencimiento.

Dió relación á nuestra compañía  
Del daño recibido y del provecho,  
Fueron allá por ver lo que decía  
Y satisfizose cristiano pecho:  
Diéronle la querida que pedía  
En premio de tan honoroso hecho,  
Hicieronle los indios grande fiesta  
Por selles esta fiera muy molesta.

Pudiéramos gastar en estos cuentos  
Hartos días que no fueran inertes,  
Mas no de desventura tan exentos  
Cuanto lo fueron estas dichas suertes:  
Sino fines turbados y sangrientos,  
Arrebatadas y penosas muertes,  
No solo de los indios naturales  
Mas de muchas personas principales.

Y muchos nombres dellos os dijera,  
Pues en los mismos riesgos nos hallamos,  
Pero por acortar esta carrera  
Al Antonio Sedeño nos volvamos,  
Y al asiento del Cojo y su ribera  
Que fué la parte donde lo dejamos,  
Por rehacerse mas de cosas varias  
Para largo camino necesarias.

Estando pues en esta perlenencia  
El Sedeño con estas compañías,  
Vino para prendello del audiencia  
Un licenciado dicho Joan de Frias:  
No menos confiado de su ciencia  
Que de victoriosas valentías,  
Entró tras él por pasos conocidos  
Con cien soldados, hombres escogidos.

Supo Sedeño luego la venida  
Y adivinando lo que el otro piensa,  
Toda su gente tuvo recogida  
Con mano para guerra mas estensa:  
A la cual destas cosas advertida,  
Dispuso y ordenó para defensa,  
Facilitando tal inconveniente  
Con decillas á todos lo siguiente:

« Envidia, mis carísimos hermanos,  
Que lo bien puesto derribar procura,  
Debe querer quitarnos de las manos  
Alguna prosperísima ventura:  
Pues me dicen venir ciertos cristianos  
A perturbar tan buena coyuntura,  
Con juez proveído del audiencia  
Por odio, por pasión y mal querencia.

» Y si somos á estos sometidos,  
Obedeciendo tales provisiones,  
Que maliciosos hombres fementidos  
Ganaron con siniestras relaciones,  
Quedamos asolados y perdidos;  
Y fuera de tan buenas ocasiones,  
Como las que tenemos de presente,  
Do Dios y el rey se sirven juntamente.

» Pues querer por jurídicas contiendas  
Que nuestras causas sean defendidas,  
Demás de desasirnos destas prendas  
Para cosas mas altas adquiridas,  
Veremos consumidas las haciendas,  
Y en confusión las honras y las vidas,  
Que como ya sabeis las menos veces  
Favorecen al reo los jueces.

» Así que pues que vamos en servicio  
De Dios y rey, según intento mio,  
Y para la defensa que cudicio  
Tenemos fuerzas y bastante brio,  
No me parece grave maleficio,  
Que el licenciado Frias vuelva frio,  
Antes es bien que cada cual delienda  
Su libertad, su vida y su hacienda.

Aquel interesal razonamiento,  
Con oídos atentos percebido,  
Y entendido por todos el intento  
Que de color de rey iba vestido,  
Mostraron todos ellos buen aliento  
Para la defension de su partido,  
Diciendo cada cual que estaba presto  
Para la ejecución de lo propuesto.

En aquesta sazón Frias tenía  
La contraria ribera del Unare,  
Pero seguro vado no sabia  
Para que su venida se declare;  
Y así determinó por aquel día,  
Que por allí su gente se repare,  
Mandando componer ranchos y tiendas,  
Sin sospecha de guerras ni contiendas.

Y fué debajo destas intenciones  
Hacer pasar allá, día siguiente,  
Alguna breve copia de varones,  
Con Sancho del Castillo, su escribiente,  
Para notificar las provisiones  
Al Antonio Sedeño y á su gente,  
Que los hilos cortó de su esperanza,  
Por no tener de muchos confianza.

Y así tenía ya determinado,  
La luz de los mortales apartada,  
Pasar allá por conocido vado,  
Con parte de su gente bien armada;  
Y dar en el dormido licenciado  
Prendiendo la cuadrilla descuidada,  
Con miedo que si viesen mandamiento,  
En sus gentes habria mudamiento.

Al tiempo pues que ya la noche fría  
Demediaba sus cursos naturales,  
Y sueños descuidados infundía  
Morfeo por los ojos de mortales;  
El Antonio Sedeño no dormía,  
Antes llamó soldados principales  
Apercibidos para tal efeto,  
Porque tenía destes buen concetto:

Caminaron con él hasta doscientos,  
Los ciento de caballo y cien peones,  
Muy bien armados y con pasos lentos,  
Por mas asegurar las ocasiones:  
Pasaron con quietos movimientos,  
Las aguas sin opuestas defensionos,  
Y fueron por aquestos campos anchos  
Hasta ponerse ya sobre los ranchos.

Como tigre que quiere hacer presa  
Saliedo de lugar escurecido,  
Y fué por pájonal de la dehesa,  
Tan tacito que no causó ruido;  
Y visto los manjares de su mesa,  
Hace salto veloz, jamás oido,  
Y si acaso lo sienten, es ya cuando  
La miserable presa va gritando;

Así los de Sedeño, revestidos  
Del nubló que tenían por halago,  
Llegaron á los ojos que dormidos  
Tomaban del trabajo justo pago;  
Y nunca fueron vistos ni sentidos,  
Hasta que ya dijeron, « Santiago,  
A las armas »; dan gritos, pero vanos,  
Por ya se las tener ajenas manos.

Sin sangriento rigor fueron rendidos  
Por estar sepultados en gran sueño,  
Y luego fueron todos repartidos  
Entre los capitanes del Sedeño:  
Caballos, armas, ropas y vestidos  
Allí reconocieron nuevo dueño,  
Y otras preseas mas, entre las cuales  
Recogieron las cédulas reales.

Y estas sin el respeto que se debe  
Luego las entregaron y las dieron  
Al impetu del agua que las lleve,  
A las ondas del mar por do vinieron:  
Pedro de las Comadres, que se atreva  
A tales desvergüenzas cuales fueron,  
Comenzó de decir con gritos varios:  
« Allá van, allá van los cartularios. »

Pensaba que por esto fuera dino  
De coronas triunfales ó guirnaldas;  
Pero pasados tiempos, tiempo vino  
Que por sus robustísimas espaldas  
A su pesar corrió flujo sanguino,  
Que en el rostro causó color de gualdas,  
Otros también entraron en la cuenta,  
Que no se reservaron del afrenta.

El Frias con los otros descompuestos,  
Fueron, como ya dije, divididos  
Por el gobernador en varios puestos,  
A vigilantes guardas cometidos:  
Sufriendo cada cual ratos molestos,  
Por ser escasamente proveídos,  
Pero poco después de la pendencia,  
Para poder volver les dió licencia.

Mas aunque medios y conciertos hubo  
Para poder volver al Oceano,  
Al Frias el Sedeño lo detuvo,  
Y á Sancho del Castillo su escribano:  
Con unos el concierto se mantuvo,  
Y á otros no les dió tan libre mano,  
Sospechosos dejóselos consigo,  
Y los otros se fueron como digo.

No vaelven en caballos ni trotones,  
Pero, según el uso de romeros,  
Las lanzas convertidas en bordones,  
Y las adargas son sacos lijeros:  
Iguales van agora los peones  
A los aventajados caballeros,  
Entre ellos ansimismo van iguales  
Un don Pedro y don Diego Sandoval.

Con Domingo Velazquez se dispensa,  
Y con otros amigos conocidos,  
Que lleven armas para su defension,  
Si de los indios fuesen ofendidos;  
Y á todos los demás en recompensa  
De los bienes robados y perdidos,  
Les dieron muchos indios de la tierra,  
Que les decían ser de buena guerra.

Estos, á quien volver no se les veda,  
Aviso luego dieron al audiencia;  
Y así, vistas las vueltas de la rueda,  
Mandóse que castigue la demencia  
El licenciado Joan de Castañeda,  
Famoso por soltura de conciencia  
Y en deshonestidades y regalo  
Creo que fué menor Sardanapalo.

A Cubagua llegó do se pregona  
La provision y cédula bastante,  
Y por no fatigar mas su persona  
Nunca quiso pasar mas adelante;  
Mas nombro capitán de Tarragona,  
Que no hallaba riesgo que lo espante,  
Este fué Joan de Yúcar, un navarro  
De quien atrás algunas cosas narro.

Como varon sagaz y diligente,  
Tratable, generoso, halagüeño,  
Procuró convocar alguna gente,  
Cuyo número todo fué pequeño:  
Por via que le fué mas conveniente  
Luego se despachó contra Sedeño,  
Creyéndolo hallar en el asiento  
Adonde Frias vió su rompimiento.

Pero después que para la marina  
La gente sin el Frias fué enviada,  
El Antonio Sedeño determina  
Proseguir adelante su jornada:  
Pifaro y atambor con voz continua  
Recoge ya la gente separada,  
Serenidad de tiempo los convida  
A poner en efeto la partida.

Demás de que tenía por pesado  
Gastar mas tiempo por aquel asiento,  
Donde febea luz habia dado  
A toda su carrera cumplimiento,  
Por polos del zodiaco dorado  
Contrario del primero movimiento,  
Y aun del signo de Géminis salía,  
Y al trópico de Cáncer se metía.

Dados pues por el campo los pregones,  
Recogen los soldados sus haciendas,  
Mantenimientos, armas, municiones,  
Los gospinos toldos y las tiendas;  
Salieron caballeros y peones  
Dispuestos para lides y contiendas,  
Y para les servir en trances tales  
Crecida cantidad de naturales.

A los cuales llevaban en colleras  
Con cuerdas ó cadenas algo largas,  
Pero todas delgadas y ligeras  
Porque pudiesen bien llevar las cargas:  
Cansábanse las fuerzas mas enteras,  
Las horas del vivir hacen amargas,  
Aqueste ve su fin, aquel desmaya,  
Otro no sabe ya cómo se vaya.

Mandaban desatar al que se via  
Careciente de fuerzas y sustancia,  
Porque el gobernador siempre tenia  
En este caso grande vigilancia,  
Y en que se caminase cada día  
Dos leguas solamente de distancia,  
Siempre nombraba hombres diligentes  
Que curasen heridos y dolientes.

Tuvo vigilantísimo cuidado  
De los pobres enfermos y heridos,  
Nunca se le probó comer bocado  
Hasta que los tuviese proveídos:  
Por el camino todo buen recado  
Y entre los de caballo repartidos,  
El en la retaguardia vigilante  
Para llevarlos todos por delante.

Con esta vigilancia propia suya  
Llegaron á las tierras que mandaba  
La reina que llamaban Anapuya,  
La cual de buena paz los esperaba:  
Hermosa, varonil, cabal, y cuya  
Mano muy liberal se le mostraba,  
En todas proporciones elegante,  
Y para guerra y paz mujer bastante.

Y en general es este mujeriego  
De bien compuestos miembros y lozanos,  
Ninguna cosa duras al entrego  
Que suelen recibir lascivas manos:  
Derretidas en amoroso fuego,  
Grandes aficionadas a cristianos,  
Serenos ojos, blandos movimientos,  
Causadores de tiernos sentimientos.

Entre estas apacibles compañías  
Fueron los españoles detenidos  
Por espacio de diez ó doce días,  
Aunque ninguna cosa divertidos:  
Después con las debidas cortesías  
De la gallarda reina despedidos,  
La gran Orocomay fueron buscando,  
Do también los estaban esperando.

Con grande cantidad de bastimento,  
Por ser Orocomay atrás nombrada  
Señora de grandísimo talento,  
Y a cualquier español aficionada:  
Libre de yugo ya de casamiento,  
Y que después no quiso ser casada,  
Tuvo hijo varon de gran estima,  
Y el nombre deste mozo fué Perima.

Alto, fornido, suelto, bien dispuesto,  
Y aunque zurdo, perito sagitario,  
Melancólico, grave, torvo gesto,  
A mansas condiciones adversario:  
En baldonar la madre fué molesto,  
Atrevido, feroz y temerario,  
Con él crecían malos pensamientos,  
Pero salía bien con sus intentos.

Y así, teniendo días mas ancianos,  
En su reino mandó se contradiga  
La paz que sustentaban comarcanos,  
Menospreciando ser en esta liga.  
Mostrose tan cruel contra cristianos  
Cuanto la madre fué fiel amiga,  
Llegó después su gran valor a tanto,  
Que fué de todos general espanto.

Pues con ser por allí los campos llanos,  
Sin sierra ni peñol do se valiese,  
Nunca jamás rompió con los cristianos  
Que punto de su parte se perdiese:  
Antes vivos tomó muchos a manos,  
Y al de caballo hizo que huyese,  
Y á muchos no valieron las espuelas,  
Sino que los cogió por las pihuelas.

Hizo mientras vivió notables daños  
Corriéndole su tierra capitanes,  
Sin ser parte grandísimos engaños  
Para no padecer muchos desmanes;  
Mas pasados después algunos años,  
Ciertos soldados de los alemanes  
Llegaron por allí no sospechando  
Hallar tan pertinaz y duro bando.

Fuó gente baquiana que traía  
Un cierto capitán de valor raro,  
El cual Pedro de Limpias se decía,  
Y el bárbaro llamó Curahamaro:  
Perima como vió la compañía,  
Quiso romper con él en campo claro,  
Y así salió con ciertos escuadrones  
Contra los caballeros y peones.

Limpias reconoció como convino  
Al Perima por ser mas señalado,  
Y así rompió guiado de buen tino  
Con caballo feroz, rucio rodado;  
Y fué con tal vigor, que de camino  
La lanza le metió por el costado,  
Tocó la tierra su robusto cuello,  
Ya despedido de vital resuello.

Acude luego para levantallo  
El escuadron robusto y esforzado,  
Y estórbalos la gente de caballo  
Con brazo vigoroso y arriscado:  
Pero parte no son para quitallo  
Hasta metello dentro del cercado,  
Donde se defendieron y ofendieron,  
Y el Limpias y los suyos se volvieron.

A este reino pues llegó Sedeño,  
Que entonces paz serena mantenía,  
Y por ser el Perima muy pequeño,  
Orocomay su madre lo regía:  
Fué su recibimiento halagueño  
Y lleno de contento y alegría,  
A todos dieron buenos aposentos,  
Y sin limitacion mantenimientos.

Estando todos en aquel asiento,  
Cuyos vecinos eran liberales,  
A celebrar vmieron casamiento  
Dos hijos de personas principales:  
Y estaban en aquel ayuntamiento  
Inmensa cantidad de naturales,  
Que demás de vecinos y parientes  
Se llegaron de partes diferentes.

Ninguno dellos trajo largas faldas,  
Puesto que matizados de colores  
Los rostros, brazos, pechos, las espaldas,  
Otros en carne fijas las labores;  
Otros aderezados de guirnaldas,  
Compuestas y tejidas de mil flores,  
Por collares también niñas de fieras,  
Conchas de cachicamos por monteras.

Aquí y allí caterva de salvajes  
Bailaban á compas en ancho coro,  
Haciendo muchos gestos y visajes,  
A la danza guardando su decoro:  
Ondean por cabezas los plumajes,  
Resplandecen también joyejos de oro,  
Queque, paracaguá, grupo, caconas,  
De que muchos ornaban sus personas.

Gran copia de casadas y doncellas  
Regocijan allí la dulce rueda:  
Graves, ledas, airosas, lindas, bellas,  
No con lienzo ni paño ni con seda;  
Sino con tal cubierta todas ellas  
Que después que nacieron se les queda,  
Y en cada cual se via muy patente  
Lo que razón honesta no consiente.

Muchas también dispuestas y sacadas  
En sus gallardos miembros y faiciones,  
Que no dudo poder ser envidiadas  
De muchas encubiertas proporciones:  
Y así se crían todas regaladas  
En aquellas provincias y regiones,  
Y con ser los varones gente dura  
Los ablanda su blanda hermosura.

Aquel día pues en que celebrado  
El desposorio fué según sus leyes,  
Trajeron al mancebo desposado  
Cantidad de caciques ó de reyes  
A un lugar de flores adornado,  
A la sombra de macos ó mameyes,  
Do tenían asientos prevenidos,  
Muchos dellos de oro guarnecidos.

Estando cada cual en el asiento  
Según su calidad acostumbrada,  
Orocomay sacó del aposento  
A plaza la señora desposada:  
De señoras de gran merecimiento  
Salió la ninfa bien acompañada,  
Y á su modo tan bella y tan graciosa  
Que cualquiera juzgara ser hermosa.

Los cabellos cubrían las espaldas,  
Tan largos que se vieron pocos tales,  
La cabeza con roseas guirnaldas,  
Rico collar de piedras principales:  
De rubies, turquesas y esmeraldas,  
Una cinta de perlas y corales,  
Las muñecas y piernas con chaquiras  
Y entre ellas diamantes y zafiras.

Lo demás iba todo descubierta,  
Diferente del uso vergonzoso,  
Mas tal que quiso natural concierto  
Pintar un espectáculo hermoso:  
Tan bello que no fuera menos cierto  
Que Júpiter quisiera ser esposo;  
Llevaba como virgen en la mano  
Ramillete de flores muy galano.

Llamábase la ninfa Gailacia,  
Mas mejor se llamara Galatea,  
Por ser retrato vivo do se via  
Cuanto de hermosura se desea:  
Con tan alto primor que deshacia  
A Deyopeya, Dafnis y á Pantea,  
Y á aquella que por ser mas que Glicera  
Fué puesta por un polo del esfera.

Llegada con aquesta compañía  
Do estaban los caciques esperando,  
Recebieron con grande cortesía  
Todos ellos al femenino bando:  
Miranse los esposos á porfia  
Y un rato consumieron contemplando,  
Y ella para mostrar qué tal estaba  
Al mozo dió las flores que llevaba.

El mozo las tomó con gran contento,  
Y después de mostradas por buen trecho  
Volvióselas con dulce sentimiento,  
Juntándolas primero con el pecho,  
Do prestaron los dos consentimiento,  
Y así su casamiento quedó hecho:  
Luego por multitud tan infinita  
Hubo de regocijos grande grita.

El esposo se fué tras su querida  
Con estruendo de bailes y de danzas,  
Dase muy abundante la comida,  
Crecen en el beber las destemplanzas:  
Orocomay, princesa proveída,  
Mostró su gran valor y sus pujanzas,  
Duraron en aquestas obras pias  
Por espacio de mas de quince días.

Aquestos regocijos acabados,  
De que Sedeño fué participante,  
Teniendo los caballos reformados,  
Y enfermos con reparo semejante,  
Previno capitanes y soldados  
Para que procediesen adelante,  
Los cuales se hicieron luego listos  
En demanda de reinos nunca vistos.

Después de consultada la partida,  
Señaladas derrotas y paraje,  
Sedeño con razón encarecida  
Las gracias le rindió del hospedaje;  
Y la española gente despedida,  
En efecto pusieron su viaje,  
El suceso del cual y desta gente  
Diremos en el cántico siguiente.

## CANTO SEGUNDO.

Donde se cuenta el suceso desta gente hasta la muerte del Antonio  
Sedeño, y cómo se dividió su gente en dos bandos y parcialidades.

No son los sufrimientos imposibles  
Cuando fortuna juega duros lances;  
Mas las penas serian mas sufribles,  
Y de menos dolor los tales trances,  
Si no trajesen otros mas terribles  
Que siempre suelen ir en los alcances,  
Pues muy enteras fuerzas se quebrantan  
Si unos después de otros se levantan.

A la gente del campo peregrina  
Fortuna repartió destos rigores,  
Pues en prosecucion de su camino  
Fueron de malos pasos en peores:  
Perturbando su célebre destino  
Hambre mortal y helicos fueros,  
Los cuales siempre fueron en aumento  
En el discurso del descubrimiento.

Caminando por estos campos llanos,  
De grandes esperanzas alentados,  
Al reino llegan de los dos hermanos  
Gotoguaney y Guaxcarax nombrados:  
Los cuales con las armas en las manos  
En su defensa son determinados,  
Y estaban en el pueblo mas potente  
Con excesivo número de gente.

Amparados los indios belicosos  
Con cerca de tres cercos estendidos,  
Cada cual de maderos poderosos,  
Profundos y al cortar endurecidos  
Con yedras ó bejucos correosos,  
Unos con otros bien fortalecidos,  
Y en torno de las cercas de maderos  
Hoyos para meterse los flecheros;

Llegada la cristiana compañía  
Y llamados de paz los capitanes,  
Gotoguaney de dentro respondía:  
«Andad para bellacos haraganes,  
Hombres de mal vivir, gente baldía,  
Glotones, paroleros, charlatanes,  
Chocantes, burladores, mogollones,  
Falsos y de traidores condiciones.

»Aquellas mujercillas temerosas,  
Os trataron con grande mansedumbre,  
Y os nombran con palabras amorosas  
Hijos del resplandor que nos da lumbre;  
Mas no me espanto yo de pocas cosas,  
Ni por acá se tiene tal costumbre;  
Sé yo domar los tigres y leones,  
Cuanto mas á cobardes corazones.

»Nuestras agudas puntas de afileres  
No se espantan de lanzas fanfarronas,  
Ni ya penseis habello con mujeres  
Lascivas, deshonestas, bellaconas;  
Que por sus apetitos y placeres  
Regocijaron bien vuestras personas:  
Nuestros regalos van vias derechas,  
Pendientes de las puntas de las flechas.

»A todos causo yo temor horrendo,  
Y soy Gotoguaney, y así me llamo,  
Las cosas que haceis bien las entiendo,  
Por los de Cherigoto y Guayacamo;  
Y sé también cómo venis huyendo  
Por no querer servir á vuestro amo,  
Y si no revoléis por do venistes,  
Podrá ser que pagueis lo que hicistes.»

Con las palabras dichas los amengua  
El bárbaro feroz y confiado,  
Las cuales declaradas por la lengua,  
El Sedeño quedó maravillado;  
Y á todos parecia grande mengua  
No procurar romper aquel cercado,  
Y para los efectos deste hecho  
Determinaron de poner el pecho.

Porque todos los mas facilitaban  
El rompimiento de los flacos muros,  
Mas no les sucedió como pensaban,  
Por ser los defensores hombres duros:  
Y así, ninguno de los que llegaban  
Hallaron sus amparos ser seguros,  
Antes los adalides mas osados  
Volvían malamente lastimados.

El gobernador sabio, como via  
La resistencia destas gentes fieras,  
Hasta la lumbre del siguiente día  
Mandó retraer armas y banderas:  
Considerando que le convenia  
Tomar este negocio mas de veras;  
Y con bastante vela recogidos  
Curaron mas de veinte mal heridos.

Retirando su clara luz Apolo,  
Con sus caballos anhelantes llega  
A la región austral del otro polo,  
Dejándonos acá la noche ciega;  
Y con sospecha de noturno dolo,  
Al sueño su costumbre se le niega,  
Acá velas y rondas se visitan,  
Los indios al rendir los cuartos gritan.

Habiendo Flegon dado cumplimiento  
A los opuestos campos y raíces,  
Y con arrebatado movimiento,  
Acá respira luz por las narices:  
Descubriendo las flores y ornamentos  
De diversos colores y matices,  
Los indios y guerreros castellanos  
Aprestaron las armas y las manos.

Vistense duros sayos de algodones,  
Con sobrefaldas que los piés cubrían,  
Celadas fuertes, duros morriones,  
Ventallas que la vista defendían:  
Unos con hachas, otros azadones,  
Otros con los reparos que tenían,  
Detrás de rodeleros las ballestas,  
Con ciertas pavesadas bien compuestas.

Por diferentes partes se comete  
El combate feroz y Marte fiero,  
García de Montalvo y un Copete  
Tomaron al oriente lo primero:  
A lugares opuestos arremete  
Aduza y Alonso Alvarez Guerrero,  
Lo del septentrion tomó Losada  
Y Ochoa con gran parte del armada.

Conviértense las mas quietas horas  
En otras peligrosas y molestas,  
Las gentes del cercado defensoras  
Acudieron también las armas prestas:  
Oíanse las hachas cortadoras,  
Suenan los arcabuces y ballestas,  
Aqui y allí se hace gran estruendo,  
Unos cortando y otros defendiendo.

De las piedras vereis el aire lleno  
Que caen sobre todos los armados,  
Empléanse las flechas con veneno,  
Pasan las guacas pechos estofados:  
Echábanles también ardiente feno  
Contra ciertos pertrechos fabricados,  
Por aquellos cuarteles y defensas  
Los gritos y las voces son inmensas.

Como si tempestad con sus rigores,  
Los edificios fuese derribando,  
Que por aqui dan gritos y clamores,  
Por acullá también andan gritando;  
Y acuden ansimismo moradores,  
La minosa pared apuntalando,  
Reparando las casas y viviendas,  
Por amparar personas y haciendas;

Así por el rigor destes conflictos  
Los bárbaros andaban de tal arte,  
Que daban aqui voces y allí gritos  
Con gran solicitud de cada parte:  
Buscan vias y modos esquisitos  
Para mejor guardar su baluarte,  
Lanzas largas de palmas en las manos,  
Con que trataban mal nuestros cristianos.

Unos de gran calor son oprimidos  
Con armas de pesados adherentes,  
Otros salen de yerba mal heridos,  
Y acuden á buscar hierros calientes  
Que siempre se tenían prevenidos  
Para curar los miseros pacientes,  
Cortándoles la carne denegrida  
Si pudiesen con fuego dalles vida.

Las faldas y cubiertas que traía  
El español que cerca se llegaba,  
El indio con su lanza las desvia,  
Desde los bajos hoyos donde estaba;  
Y aquella parte que se descubría  
Otro con dura flecha la clavaba,  
Y en los lugares menos descubiertos  
Los mas aviesos tiros eran ciertos.

Por los cuales cubrían menos miedo  
Rabiosisimamente se barrunta,  
Pues ya pasos mudados ó ya quedo,  
Ya solo y separado, ya con junta;  
En descubriendo rostro, mano, dedo,  
Lo hallaba clavado con la punta,  
No se vió cosa igual de puntería  
Ni de ferocidad y valentía.

Al español brioso y alentado  
Incitaba sonido de trompetas,  
Ansimismo de dentro del cercado  
Al indio gran ruido de cornetas:  
Hasta tanto que el sol apresurado  
Distaba por igual de entrambas metas,  
Y viendo que sus golpes eran vanos,  
Se retrajeron nuestros castellanos.

Pues como ya de aquestos campos llanos  
Febea luz sus rayos escondiese,  
A caballo, con lanzas en las manos,  
Se mandó que la ronda se hiciese,  
En torno del cercado los cristianos  
Porque la gente dél no se huyese;  
Pues á causa de daños recibidos,  
Estaban de gran furia poseidos.

Llegada ya la luz, llegan porfias  
Con reciprocacion de guerra fiera,  
Sierras, hachas y sogas van baldias  
Y ciertos castillejos de madera;  
Pues pelearon mas de veinte dias  
Dejándose la cerca muy entera,  
Haciendo indios sus reparos ciertos  
A costa de otros que quedaban muertos.

No les faltaban tiros del aljaba  
Ni pechos que jamás fueron vencidos,  
Pero mantenimiento les faltaba  
Por tomallos allí desproveidos;  
Y aunque el indio feroz disimulaba,  
Mujeres y muchachos dan gemidos,  
Y así determinaron en tal caso  
De morir ó vivir en campo raso.

Escogieron el tiempo mas seguro  
Para poder salir secretamente,  
Y así determinaron con escuro  
De no dejar allí cosa viviente;  
Sino romper la parte de su muro  
Capaz para salir junta la gente,  
Ordenados prolijos escuadrones,  
A la forma de nuestras procesiones.

Resneltos en aquestos pareceres,  
Pusieron en efeto la partida  
Con lo mas sustancial de sus haberes  
Y alguna haciendilla recogida:  
En medio los muchachos y mujeres  
Para selles amparo de la vida;  
Salieron todos pues en ordenanza,  
Entre arquero y arquero larga lanza.

Caminaba la gente helicosa  
Callados y con grande vigilancia,  
Hasta tomar la parte montuosa  
Que tenían á legua de distancia;  
Pero certificados desta cosa  
Los nuestros, que velaban el estancia,  
«Arma, arma, soldados» van clamando  
Despiertos y dormidos convocando.

Suena luego murmurio de soldados  
A los clamores destas centinelas,  
Saltan en los caballos ensillados,  
A gran prisa se ponen las espuelas:  
Vestíanse los sayos estofados,  
Embrazan los peones las rodela,  
Acude cada cual de la conquista  
Al orden y concierto de su lista.

Luego toparon con la gente dura  
Impetu de caballos y peones,  
Y en vano rompimiento se procura  
Con varias y diversas invenciones,  
Pues ninguno salió de su postura  
Ni del concierto de sus escuadrones,  
Y en lugar do faltó vital aliento  
Luego hacían otros henchimiento.

Al que quiso romper de mejor gana  
Al feroz escuadron por derramallo,  
Con lanzas y con golpes de macana  
Desatinaban el mejor caballo:  
Era después imaginacion vana  
Poder en las espuelas meneallo,  
Y los feroces indios con tal uno  
Que punto no perdían del camino.

Un Joan Martín rompió los embarazos,  
Que por su desventura fué valiente,  
Pues no pudo valerse de sus brazos  
Con el concurso grande desta gente:  
Y así luego quedó hecho pedazos,  
Y el caballo murió por consiguiente;  
Y aunque dellos también hubo caídos,  
Ningunos gritos suenan ni gemidos.

Dándose todos pues tan buena maña  
En estos rigurosos menesteres,  
Y en llevar recogida la compañía  
De los imbeles niños y mujeres,  
Tomaron por amparo la montaña  
Y guarda de sus últimos poderes,  
Pues en aquellos montes y espesuras  
Tenían las mujeres mas seguras.

Después que ya dejaron ensotados  
A los que no pudieron ser rompidos,  
Los nuestros se volvieron espantados,  
Y no poquitos dellos mal heridos:  
Con encendidos hierros son curados  
Y á riesgo de la muerte convertidos,  
Pues quien tal sale de la tal reyerta  
Nunca su muerte tiene por cierta.

La cura fué con grande diligencia  
En abrigadas chocas recogidas,  
Mas con la venenosa pestilencia  
De que las flechas vienen guarnecidas,  
De los heridos en la competencia  
Muy pocos escaparon con las vidas,  
Con furias y con vascas tan estrañas  
Que á los sanos rompían las entrañas.

Si ves que peleando lo mas fuerte  
Muere, razon no pide que te asombres,  
Mas si morir de yerba fué la suerte,  
Es mal que de mil males tiene nombres,  
Y así la muerte tal es mas que muerte,  
Y los de la tal guerra mas que hombres,  
Pues una muy lijera picadura  
Basta para te dar la sepultura,

Y para trastornar seso mas sano  
Con aquellos pesados accidentes,  
Aquel herir de pié, herir de mano,  
Volver los ojos, traspellar los dientes,  
Aquel estremecer tan inhumano,  
Bramuras que confunden los presentes,  
Despedazarse carnes y vestidos  
Si de manos ó dientes son asidos.

Del ballestero, viéndose herida  
Antidoto buscó la veloz cierva,  
Y con ser por mil vias inquirida  
Aqui jamás hallamos contrayerba;  
Ni creo yo tampoco ser sabida  
Por gente desta rústica Minerva,  
Pues usan de sudores y gran dieta  
Cuando tal desventura los aprieta.

Pero la contrayerba mas bastante  
Es abrasar la llaga de repente,  
Y todo lo que fuere penetrante  
Con un cauterio de botón ardiente,  
Dormir do no dé norte ni levante,  
Y ser en su comida continente,  
No comer ni beber los dias malos  
Hasta que quedan secos como palos.

Así hallando cercas en entradas  
Si hierve militar desasosiego,  
Siempre tienen muchas almaradas,  
Ya blancas de calientes en el fuego:  
A personas heridas y flechadas  
Con toda brevedad acuden luego,  
Es esta cura la de mas provecho  
Y las demás han poco fruto hecho.

Pues no siendo yo cano ni tan calvo,  
Andando donde digo de presente,  
Y adonde si herido quedo salvo  
Fué cura milagrosa y escelente;  
Dijo soñar García de Montalvo  
Polvo de soliman ser conviniente:  
Aqueste se probó siendo forzoso,  
Y algunos lo hallaron provechoso.

Pero luego hicimos un entrada  
Casi seguros ya destes desmanes,  
Mas la gente de indios avisada  
Desto, llamó sus diestros trujamanes,  
Subieronla de punto, y afinada,  
Ni presto soliman ni solimanés,  
Ni pudo mas curar en esta guerra  
Que pudieran curar polvos de tierra.

Así que quien ha visto tanto muerto  
Por tierra de Cubagua y Cariaco,  
Y de muchos remedios es esperto  
El remedio mejor juzga por flaco:  
Y aun no sé si podré tener por cierto  
Lo que dice Monardes del tabaco;  
Pero quiero yo fuera de patria  
Gontaros una cosa bien estraña.

Hicimos en caribes cierto salto  
Tomándoles la gente y el fardaje;  
Mas uno de prision viéndose falto  
Con un hijuelo suyo como paje,  
Subió por un caney á lo mas alto  
Por no se sujetar al vasallaje,  
El con un arco grueso muy galano,  
Y el muchacho las flechas en la mano.

El era por extremo bien dispuesto,  
Gallardo y de tan buena compostura,  
Que de sus proporciones y su gesto  
No vimos por allí mejor figura;  
Y en una cierta forma todo esto  
Que decoraba mas su hermosura,  
En todas estas cosas eminente,  
Y mas en los extremos de valiente.

De que se vido ya donde quería  
Para hacernos daño se pertrecha,  
Alborotando nuestra compañía  
Con tiros espesísimos de flecha:  
De las cuales ninguna despedía  
Que fuese mal tirada ni mal hecha,  
Y allí donde sus tiros endereza  
Hirió á Alonso Marqués en la cabeza.

Venían ciertos indios ventureros,  
Vecinos de la isla Margarita,  
Para servir á nuestros compañeros,  
Y gozar del despojo que se quita:  
A estos porque son grandes flecheros  
El Alonso Marqués dió grande grita,  
Mandándoles que luego lo matasen,  
Y con flechas de yerba le tirasen.

No podía dejar de ser terrero,  
Porque ningun reparo lo cubría,  
Mas él, como destrisimo guerrero,  
Las flechas con el arco rebatía:  
De muchas se libró; mas por entero  
De todas ni de tantas no podía:  
Con las ajenas ya nos importuna,  
Que de las propias le quedó ninguna.

Sus propias carnes eran el aljaba,  
Y dellas las sacaba su vasallo;  
Mas con las que de si propio sacaba  
Hería muchos indios que me callo;  
Y con una que fué con furia brava  
A Luis de Chaves le mató el caballo:  
Por allí los calores son terribles  
Y en aquellas sazones insufribles.

Estando pues el indio fatigado  
Con las heridas y calor del cielo,  
De la cumbre rodó desalentado  
Hasta venir á dar al duro suelo:  
Con un vigilantísimo ciudadano  
Luego bajo tras él aquel moznelo,  
Y sin ningun temor se sentó junto  
Del que mas parecia ya difunto.

Adonde sucedieron estos males,  
Y vimos destes indios las caídas,  
Había fertilisimos yucales  
Que son unas raíces conocidas,  
Que si se comen verdes son mortales,  
Y así privan á muchos de las vidas:  
No trato de las yucas boniatas,  
Que se suelen comer como batatas.

El herido gandul como volviese  
Un poco sobre si mas alentado,  
Al induezo hizo que trajese  
Raíces del mortífero bocado:  
Dióselas él, y como las comiese  
Con furia de varon desesperado,  
Creimos todos cuantos vimos esto  
Que lo hacia por morir mas presto.

Vimoslo revolcar por la ribera,  
 Vascar y vomitar con pena fuerte,  
 Decíamos: «¿no veis la bestia fiera  
 Cuan de su voluntad tomó la muerte?»  
 Mas no le sucedió desta manera,  
 Antes en bien trocó su mala suerte;  
 Y deseando ver en qué paraba,  
 Con grande vigilancia se guardaba.

Visto que no trabó la pestilencia  
 Ni hizo sentimientos otro día,  
 Le curaron con suma diligencia  
 Las llagas y flechazos que tenía:  
 Sanó muy bien, y hizo residencia  
 Muchos días en nuestra compañía;  
 Y cuando ya se vido mas seguro  
 Determinó huírse con oscuro.

Nadie quiso hacer el experiencia  
 De muchos que después yo vi heridos,  
 Echen juicios pues hombres de ciencia,  
 Si destos casos viven advertidos:  
 Si por ventura hacen resistencia  
 Venenos á venenos recibidos,  
 Que desto que yo vi soy buen testigo,  
 Y afirmo por verdad lo que aquí digo.

En efeto la cosa mas usada  
 Para seguridad de tan mal juego  
 Es el cortar la carne maculada  
 Cauterizándola con vivo fuego;  
 Mas no quiere ser cura dilatada,  
 Que nada prestará no siendo luego;  
 Y pues que trató del remedio presto,  
 Quiero decir un cuento cerca desto.

Iban ciertos soldados singulares,  
 De gente que llamamos baquinana,  
 Conquistando la tierra de Tagares,  
 Que son confines de Maracapana,  
 Puerto bien señalado destos mares  
 Y de contratacion cotidiana;  
 Y el cacique Mariño belicoso  
 Un paso les tomó dificultoso.

De los soldados de mayor sultura  
 Que el capitán tenía por lieros,  
 Hizo ir por la cuesta y angostura  
 Hasta veinte, los diez arcabuceros.  
 En cuya defension y cobertura  
 Irian otros tantos rodeleros:  
 Yo con aquesta gente caminaba,  
 Y aun Joan de Quindós arrodela.

Era la flecheria tan inmensa  
 Que del penol y alto deseendia,  
 Que con rodela harto mas estensa  
 Cubrir entrambos cuerpos no podia;  
 Y en tal modo miré por su defensa,  
 Que no me descuidaba de la niña,  
 Y como no la puse bien pareja  
 Hirieron al Quindós en una oreja.

Pues como de presente carecia  
 Para poder quemalla de aparejo,  
 Con riesgo que tardanza prometia  
 Si la tuviera para mas consejo,  
 Echó mano á la daga que traía,  
 Y luego la quitó del pestorejo,  
 Queriendo con temor de la herida  
 Quedar mas sin oreja que sin vida.

Si dilatando tales escrituras  
 No conociera ser algo molesto,  
 Bien pudiera contar mil desventuras,  
 Trabajos y peligros cerca desto:  
 Sin estar mis espaldas mas seguras  
 Ni con mejor ni mas seguro puesto,  
 Pero por no hacer digresion tarda,  
 Volvamos al Sedeño que me aguarda.

El cual, todos sus hombres recogidos,  
 Con regalos y términos humanos  
 Hizo curar á todos los heridos,  
 De los cuales los menos fueron sanos.  
 Y los que sanos, cojos y tullidos,  
 O mancos de los dedos de las manos,  
 Porque los nervios nunca quedan buenos  
 Que el fuego los encoge y hace menos.

Ansimismo mandó se detuviere  
 La gente toda por aquel asiento,  
 Porque quien escapó convaleciese  
 Sin alterar el duro nocumento;  
 Y para que también se rehiciese  
 El caballo que estaba macilento:  
 Y así Diana por aqueste seno  
 Dos veces se mostró con orbe lleno.

Pasados los dos meses se desvia  
 El campo deste pueblo belicoso,  
 Mandandó caminar al mediodía,  
 Pareciéndole ser mas provechoso;  
 Y entonces ya Sedeño se sentia  
 De fuerzas y salud menesteroso;  
 La sierra dejan á la diestra mano  
 Y entran á vista della por lo llano.

Por el altura van de doce grados  
 Siguiendo relacion de ciertas guías,  
 Atravesaron muchos despoblados  
 De tierras solitarias y baldías,  
 Aunque crecida copia de venados  
 Y rios de muy grandes pesquerías,  
 Pero de ver la tierra tan exenta  
 Andaba mucha gente descontenta.

Supo pues el Sedeño de soldados  
 Una cierta manera de motines,  
 O ya de hombres bien intencionados,  
 O ya de susurrones y malsines:  
 Al fin amanecieron ahorcados  
 El capitán Ochoa y Juan Martínez,  
 Y aun dicen que á Losada matar quiso,  
 Mas él siempre vivió con gran aviso.

Al tiempo que estas cosas ya haciendo  
 Por atemorizar los de su bando,  
 Iba de su salud deminuyendo  
 Y en hinchazon de miembros aumentando:  
 Unos por su salud están gimiendo,  
 Otros su fin y muerte deseando,  
 Y aun dicen dalle yerbas la morisea  
 Fernandez que llamábamos Francisca.

Mas aunque estaba ya como difunto,  
 Que tal en el aspeto parecia,  
 Jamás se descuidó ni perdió punto  
 De cuanto buen gobierno requería:  
 Temblaba quien lo tiene mas conjunto,  
 El que mas apartado mas temia,  
 Y así mandaba y enviaba gentes  
 A partes y lugares diferentes:

Entre los cuales fué cierta cuadrilla  
 De soldados instrutos en la tierra,  
 Y destos cada cual por maravilla  
 Se podia decir hombre de guerra:  
 Fué por su capitán Joan de Bonilla,  
 El cual tomó la vuelta de la sierra,  
 Teniendo ya por cosa conocida  
 Hallar allí mas cierta la comida.

Aquestos sus viajes prosiguieron  
 Campo raso, mas no camino claro,  
 Pues mas de treinta días anduvieron  
 Sin poder encontrar algun reparo:  
 Hasta tanto que ya por tiempo dieron  
 En la provincia de Catapararo,  
 Donde maíz hallaron seco y tierno  
 Para poder pasar aquel invierno.

La gente de los indios al instante  
 Que sintieron venir la gente nuestra,  
 Con todas sus alhajas por delante,  
 Huyeron do guarida se les muestra;  
 Pero los españoles del restante,  
 Recogieron de oro buena muestra:  
 Fué crecido contento y alegría  
 Por ser muestra que mas les prometia.

Pues con tan buena nueva de comida  
 Y hasta novecientos castellanos  
 De joyas de la presa recogida  
 Bonilla despachó ciertos cristianos;  
 Para que con la priesa prometida  
 Al Sedeño las diesen en las manos,  
 Escribiendo también con esperanza  
 De hallar tierra de mayor pujanza.

Llegábanse los días postrimeros  
 Al Sedeño; mas aunque tal se via,  
 Recibidos aquestos mensajeros,  
 Ya sin vital virtud así decía:  
 «Adelante, adelante, caballeros,  
 Que Dios nos quiere dar algun buen día.»  
 Y poniendo por orden la partida,  
 Partió de los trabajos desta vida.

Los enfermos y pobres lo lloraban  
 Por faltar sus regalos y raciones,  
 No menos esta falta lamentaban  
 Los cuerdos y de sanas intenciones:  
 Pues por ausencia dél adivinaban  
 Pesadumbres y grandes disensiones,  
 Y así, según el tiempo y angostura,  
 Procuraron de dalle sepultura.

Do el río de Tiznados desencierra  
 Su licor á lo llano convertido,  
 Yendo ya por la falda de la sierra  
 A la sombra de un árbol estendido,  
 Dieron estos varones á la tierra  
 El valeroso cuerpo fallecido,  
 Y en la corteza lisa por su muerte  
 Una letra pusieron desta suerte:

*Hic requiescit homo Sedeñus corpore parvus:  
 Rebus at in cunctis pectore magnus erat.*

Aquí de su brio falto          Que fué de cuerpo pequeño,  
 Reposo Antonio Sedeño,      Y en el ánimo muy alto.

Despedidos del bajo monumento  
 Sin despedir de si grave mancilla,  
 A grande priesa van en seguimiento  
 De los mantenimientos de Bonilla:  
 Llegaron todos ellos al asiento  
 Do pensaban tener invernal silla,  
 Y do Martín Fernandez buenamente  
 Pretendió gobernar toda la gente.

Muchos se sujetaron á su mando  
 Pareciéndoles cosa conveniente,  
 Por ser ya viejo, cuerdo, venerando,  
 Y haber allí gastado su posible;  
 Mas impidióselo contrario bando  
 Y fué la fuerza destos invencible:  
 En esto pero fueron concordantes,  
 En dejalle su cargo como antes.

Mas los que sujetaban el armada,  
 Mandaban y regian esta gente,  
 Eran Reinoso y Diego de Losada  
 Bien puesto cada cual y muy valiente;  
 Y fueron ambos de una camarada  
 Criados del señor de Benavente:  
 Losada siempre fué singular hombre  
 Y tuvo por allí claro renombre.

En aquella sazón que esto pasaba  
 Y el campo por allí se detenía,  
 Juan de Yúcar apriesa caminaba  
 Con aquellos soldados que traía;  
 Y por el mismo rastró ya llegaba  
 Donde Sedeño vió su postrer día,  
 Y el epitafio dello hizo cierto  
 Que su competidor estaba muerto.

Siguieron con mas priesa la jornada  
 Antes que se pasasen adelante,  
 Y dieron en la gente descuidada  
 De ver por allí junta semejante:  
 No hizo con furores el entrada,  
 Sino con un pacífico semblante,  
 Y la sedeña gente recogida  
 Pidieron la razon de su venida.

Joan de Yúcar usó de sus razones  
 Sujetas á medidas cortesias,  
 Diciendo que traía provisiones  
 Para librar al licenciado Frias;  
 Y para castigar á los varones  
 Culpantes en aquellas demasias;  
 Mas pues el causador era ya muerto  
 Con los demás haría buen concierto.

Todos los capitanes y soldados,  
 Puesto caso que estaban mas potentes,  
 Vistas las provisiones y recados,  
 Y sus delitos claros y patentes,  
 Fueron con Joan de Yúcar congregados  
 A fin de tratar medios convenientes,  
 Para que se volviese con contento,  
 Y ellos siguiesen su descubrimiento.

Sobre lo cual habiendo conferido,  
 Concluyeron al fin que se les diese  
 El oro que tenían recogido  
 Y volviese con él el que quisiese:  
 Aceptó Joan de Yúcar el partido,  
 Que mas suele hacer el interese,  
 Volvióse con sus propias compañías  
 Y con el licenciado Joan de Frias.

Dieron la vuelta casi por la posta  
 Haciendo mas derechas las jornadas,  
 Llegó do dió razon muy angosta  
 Que pedían las cosas ya contadas:  
 Anduvo después desto por la costa  
 Haciendo por allí muchas entradas,  
 Salteando los indios comarcanos  
 Adonde hizo hechos soberanos.

Mas caminando por Cumanagoto,  
 No con aquel cuidado de prudente,  
 Cargó sobre él tan grande terremoto  
 De indios que salieron de repente,  
 Que le mataron en el alboroto  
 Toda la mayor parte de su gente,  
 Y el solo rebatió con un montante  
 Cuanto se le ponía por delante.

Con brazos fuertes y con piés livianos,  
 Sin ser de compañeros socorrido,  
 El toro se escapó de los alanos,  
 Y vino por camino conocido  
 A morir en el pueblo de cristianos,  
 De mortifera yerba mal herido,  
 Y con universal pena y tristura  
 Maracapana fué su sepultura.

Entre los valerosos lo contamos,  
 Que cierto fué varon de esfuerzo raro,  
 Pero porque la historia concluyamos  
 De los que quedan en Catapararo,  
 A los sucesos suyos nos volvamos  
 Con el postrero canto donde paro,  
 Pues el pasado fué canto prolijo  
 Por no cumplir cortar lo que se dijo.

### CANTO TERCERO.

Donde se cuenta cómo los de Sedeño continuaron su descubrimiento,  
 acabado el invierno, y el fin y suceso desta jornada.

El austro ya sus pluvias apartaba,  
 Deucalion la urna detenía,  
 Y el animal de Heles igualaba  
 Nocturna duracion con la del día:  
 Sereno y claro tiempo convidaba  
 A que saliese nuestra compañía  
 A sus trabajosisimas conquistas  
 Y en demanda de tierras nunca vistas.

Salen también de hambre compelidos  
 Por el invierno largo que les vino,  
 Caminando por campos estendidos,  
 Que aun no daban enjuto su camino,  
 Prolijos cenagales, rios crecidos  
 Peligrosos al pobre peregrino,  
 Y del camino los mayores trechos  
 Las aguas á la cinta y á los pechos.

La sierra ya de vista se perdia  
 Y por los llanos iban engolfados,  
 Que, como dicho tengo, todavía  
 Hallaban muchos dellos anegados;  
 Y perro ni caballo no podia  
 Ejercitar la caza de venados;  
 Mas Aduza guió mas al oriente  
 Hasta que ya halló rastró de gente.